

CUADERNO DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN

MISHPATIM

12 preguntas para plantear en la mesa de Shabat

Doce preguntas tomadas de la clase del Rav Raphaël Benizri
«Mishpatim: el siervo hebreo y el precio de la libertad»: por qué
la Torá abre su código de leyes con el estatuto del esclavo hebreo,
y por qué en ella la fraternidad pasa antes que la igualdad. De la
escritura «libre» sobre las tablas hasta la oreja perforada de quien
se niega a ser liberado, la libertad no es aquí un derecho recibido,
sino un gusto que hay que aprender.



Rav Raphaël Benizri

Índice de temas

Temas de reflexión y preguntas para compartir en la mesa de Mishpatim

-
- | | |
|----|--|
| 01 | ¿Por qué empezar por un esclavo? |
| 02 | Las tres servidumbres de todo hombre |
| 03 | Lavar sus vestidos sin rehacer su alma |
| 04 | ¿Respetar a los padres en lugar de amarlos? |
| 05 | ¿Grabado sobre las tablas, o libre sobre las tablas? |
| 06 | Una justicia acompañada de moral |
| 07 | Quien compra un esclavo compra un amo |
| 08 | El nido no tiene techo |
| 09 | Cincuenta y tres leyes sin hilo aparente |
| 10 | «Amo a mi mujer y a mis hijos» |
| 11 | ¿Por qué la oreja? |
| 12 | Cuatro caídas, y el Shabat para levantarse |
-

¿Por qué empezar por un esclavo?



PRESENTACIÓN

Acabamos de oír los diez mandamientos en el Sinaí. El código de leyes que sigue se abre enseguida con un caso muy concreto: si compras un esclavo hebreo, servirá seis años y al séptimo saldrá libre. Para el Rav, este capítulo viene, lamentablemente, a corregir las desigualdades de una sociedad.

LA PREGUNTA

¿Por qué el primer estatuto dado después del Sinaí regula la suerte del esclavo — y por qué la Torá habla de fraternidad antes de hablar de igualdad?

LA RESPUESTA

«Y estas son las leyes que pondrás ante ellos» (Shemot 21:1); «el pueblo vio... y se mantuvo a lo lejos» (Shemot 20:15).

Todas las leyes de la naturaleza, explica el Rav, fueron creadas de cierta manera complementarias e iguales a sí mismas. No ocurre lo mismo con el hombre: hay ricos y pobres, personas sanas y personas enfermas, personas inteligentes y otras que lo son menos. Las cosas fueron hechas de tal modo que pudiéramos cultivar realmente la fraternidad y la solidaridad, e instaurar por medio de ellas un movimiento de igualdad entre todos.

Si el pueblo hubiera tenido esa altura de elevación y no se hubiera mantenido lejos de la montaña, se habría podido prescindir de «Y estas son las leyes», de todo ese detalle de leyes que pone a cada hombre frente a sus responsabilidades hacia sí mismo, hacia su Creador y hacia su prójimo. El código civil nace de la distancia tomada al pie del Sinaí.

Porque sabemos ser justos en nuestra propia vida. Pero en la manera de servir la vida del otro, hay que ser más que justos.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Notarán que el orden es diferente: no hablaremos de igualdad a primera vista, hablaremos primero de fraternidad.

LECCIÓN PARA LA MESA

Soñamos de buena gana con la igualdad, rara vez con la fraternidad. A nuestro alrededor, ¿quién es el menos favorecido — en salud, en medios, en facilidades? ¿Qué podríamos hacer por él esta semana, no para que llegue a ser nuestro igual, sino para que se sienta nuestro hermano?

Las tres servidumbres de todo hombre



PRESENTACIÓN

¿Por qué esta prioridad dada al estatuto del esclavo? Antes de hablar de aquel a quien se compra, el Rav describe, siguiendo a nuestros sabios, una dependencia que no perdona a nadie. Tiene tres rostros, y ningún contrato de seis años libera de ella.

LA PREGUNTA

¿Cuáles son las tres dependencias que hacen de cada uno de nosotros un siervo — y qué tiempo dio D-os al hombre para salir de ellas?

LA RESPUESTA

Las diez palabras de la creación y las diez palabras de la revelación.

La primera es la del tiempo: dependemos de contingencias que nos obligan a ceder nuestro tiempo, a forzarnos a actividades que no siempre son de nuestro gusto y que apenas nos realizan. La segunda es la dualidad que nos desgarran, entre nuestra voluntad y nuestro deseo, nuestras aspiraciones y las realidades de la vida: muchas veces cedemos a nuestro yétzer, nuestra inclinación, y sacrificamos nuestro impulso de yotzer, de creador, el que daría una personalidad a nuestra vida. La tercera sitúa al hombre entre lo efímero y lo duradero, lo relativo y lo absoluto, el pequeño hombre en este gran macrocosmos frente al Dueño del universo.

Las tres se unen. El hombre, formado de todos los elementos de la creación, recibe un soplo y es instalado inmediatamente en el Shabat: un tiempo generador del tiempo, en el que ya no depende del tiempo, en el que es él quien hace su agenda de la vida.

Del mismo modo, el pueblo extraído de la arcilla egipcia recibió al pie del Sinaí un soplo por las diez palabras de la revelación, paralelas a las diez palabras de la creación. Estas realizaron el mundo en su materialidad; aquellas dieron un alma a esa materia. Desde entonces, una historia es posible.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Es él quien llena su tiempo.

LECCIÓN PARA LA MESA

Que cada uno diga a qué cedió más horas esta semana, y si esas horas le dieron una personalidad. ¿Cuál de las tres servidumbres nos tiene más atrapados: el tiempo que nos quitan, el deseo que se impone, o el sentimiento de ser muy pequeños?

Lavar sus vestidos sin rehacer su alma



PRESENTACIÓN

Antes de la revelación, el pueblo recibió la orden de lavar sus vestidos. Lo hizo. Luego, en el momento en que la montaña humeaba, se mantuvo a lo lejos. El Rav lee en ese retroceso el estado de un pueblo recién salido de Egipto.

LA PREGUNTA

¿Qué le faltaba todavía al pueblo que había lavado sus vestidos — y cuánto tiempo hace falta para llegar a ser libre?

LA RESPUESTA

«Y lavaron sus vestidos» (Shemot 19:14); «Yo soy el Eterno tu D-os, que te hice salir de la tierra de Egipto» (Shemot 20:2).

El objetivo, dice el Rav, es liberar al hombre de todas sus ataduras; a la salida de Egipto, había que darle los instrumentos para ello. Pero el pueblo se mantiene a lo lejos. Lavó sus vestidos al salir de Egipto, pero no rehízo su alma. Sigue marcado por una relativa comodidad de vida: allí tenía aseguradas a diario las necesidades elementales que le hacían falta para vivir.

Ahora bien, era preciso a toda costa enseñar al hombre a desprenderse de esa dependencia y a forjar su propia ley, no a partir de sus deseos, sino sobre la base de su voluntad. Ese es el sentido de «que te hice salir de Egipto»: la salida de Egipto es una manera de arrancar al hombre de todas sus ataduras, de todas sus tendencias.

¿Cómo hacerlo? Eso no llega de la noche a la mañana. Miren la evolución de un niño: a los seis años no es como a los doce, ni como a los dieciocho, ni como a los cuarenta. A medida que afronta los problemas de la vida y aumenta su conocimiento, se despoja de su caparazón.

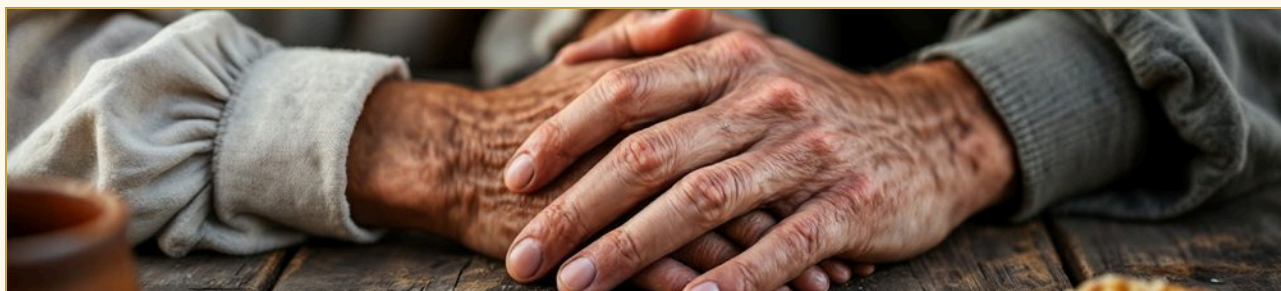
CONCLUSIÓN DEL RAV

El pueblo lavó sus vestidos al salir de Egipto, pero no rehízo su alma.

LECCIÓN PARA LA MESA

Es más fácil cambiar de apariencia que cambiar de dependencias. ¿Qué comodidad de nuestra vida se parece a las ollas de Egipto, hasta el punto de hacernos preferir la distancia? ¿Y qué ley personal podríamos fundar sobre nuestra voluntad y no sobre nuestros deseos?

¿Respetar a los padres en lugar de amarlos?



PRESENTACIÓN

El Rav hace una observación sorprendente: la Torá no recomendó amar ni a los padres, ni a los hijos, ni a la esposa. Habló de respeto. Y este respeto a los padres está colocado en la primera tabla, la de las relaciones entre el hombre y su Creador.

LA PREGUNTA

¿Por qué la Torá pide respeto en lugar de amor — y qué quiere decir amar la ley en vez de temerla?

LA RESPUESTA

«Honra a tu padre y a tu madre» (Shemot 20:12), en la primera tabla de los diez mandamientos.

El apego que un hijo siente por sus padres por simple gratitud, o por el deseo de ponerlos por encima de todo, todavía no es el amor a los padres, dice el Rav. El respeto es otra cosa. Es más que la comprensión, más que el acuerdo de numerosos elementos que nos empujan a actuar de una manera u otra: está más allá de todo entendimiento.

Respetar a los padres es hacer que el amor haya roto las ataduras de lo natural y se haya vestido de una libertad amada. Por eso este mandamiento figura en la primera tabla: se llega al reconocimiento del Creador a partir de uno mismo.

Lo mismo ocurre con la ley. No es el temor lo que hace falta, pues puede engendrar la falta; hace falta el amor. No hay que temer la ley, hay que amarla, y amar la ley es hacer que se convierta en la expresión natural de uno mismo mediante un acto libre. Este acto libre atestigua la libertad del hombre, y es ella la que él instala en un Shabat repetido, hasta vivir incluso los días de la semana en función del Shabat.

CONCLUSIÓN DEL RAV

No habría que temer la ley, hay que amar la ley.

LECCIÓN PARA LA MESA

Un amor que solo viene de la naturaleza o de la gratitud sigue siendo frágil. ¿Cómo mostramos respeto a nuestros padres, incluso cuando no los comprendemos? ¿Y qué mitzvá cumplimos todavía por temor, que habría que aprender a amar?

¿Grabado sobre las tablas, o libre sobre las tablas?



PRESENTACIÓN

El texto dice que la escritura divina estaba jarut sobre las tablas: grabada. Nuestros sabios proponen leer de otro modo: jerut, la libertad. Una sola vocal separa el buril de la libertad, y el Rav extrae de ello toda una concepción de la ley.

LA PREGUNTA

¿Qué significa que las letras sean libres sobre la piedra — y qué les sucede cuando las tablas se rompen?

LA RESPUESTA

«La escritura era escritura de D-os, grabada (jarut) sobre las tablas» (Shemot 32:16); «no leas jarut, grabada, sino jerut, libertad» (Pirké Avot 6:2).

Nuestros sabios hicieron notar, dice el Rav, que la verdadera libertad del hombre está en la aplicación de la ley. No consideres que las leyes están grabadas sobre las tablas: están libres sobre las tablas.

Es decir, las tablas pueden romperse, pero las letras no se quiebran. Las letras se echan a volar, están en estado de ingravidez: están ahí, sobre las tablas de la ley, pero en ningún momento comprometen su destino con esas tablas. De modo que, aunque toda una sociedad llegara a abandonar la ley, desesperadamente, bastaría con que hubiera diez justos en el seno de esa comunidad para salvar al conjunto de la comunidad y al conjunto de la ley.

Porque este conjunto de la ley es como la creación: yesh meayin, el ser a partir de la nada. Los diez mandamientos lo son igualmente. Lo que nace de la nada no depende de su soporte.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Las tablas pueden romperse, pero las letras no se quiebran.

LECCIÓN PARA LA MESA

A veces los marcos se rompen: una comunidad que se dispersa, una costumbre familiar que se pierde. ¿Qué, de lo que hemos recibido, ha sobrevivido a su soporte? ¿Y estaríamos dispuestos a formar parte de los diez que bastan?

Una justicia acompañada de moral



PRESENTACIÓN

La revelación no cayó en un desierto jurídico. Estaba Sumer, estaba Ashur, estaba Egipto, con sus códigos y sus leyes, y a veces verdaderas correspondencias con los diez mandamientos. Y las siete leyes universales de los hijos de Nóaj ya piden instaurar tribunales.

LA PREGUNTA

Si otros pueblos ya tenían tribunales y códigos, ¿qué aporta de diferente la justicia de la Torá?

LA RESPUESTA

«Harás lo recto y lo bueno» (Devarim 6:18); «para que andes por el camino de los buenos» (Mishlé 2:20).

De las siete leyes universales, recuerda el Rav, seis son prohibiciones. La única positiva es la instauración de un aparato judicial que establezca el orden en una sociedad, según principios de justicia que cada sociedad se ha forjado por sí misma. El objetivo es establecer el orden cueste lo que cueste.

Lo que dice la Torá es totalmente diferente. Por eso, si tenemos que zanjar un litigio, entre un tribunal rabínico y un tribunal de las naciones, más vale dar preferencia al tribunal rabínico: la noción de justicia, en la ley de la Torá, va acompañada de la moral en lo absoluto. La moral forma parte de la justicia misma.

De modo que, incluso cuando tengamos razón desde el punto de vista de la justicia, no hay que permitir que el otro registre su pérdida y quede totalmente asqueado: hay que saber ceder un poco de los propios derechos. Eso es practicar «lo recto y lo bueno»; es andar por el camino del bien, no el que te honra solo a ti, sino el que honra a tus padres, a tus antepasados, a tu Creador.

CONCLUSIÓN DEL RAV

La moral forma parte de la justicia misma.

LECCIÓN PARA LA MESA

Tener razón no siempre basta. ¿En qué disputa reciente ganamos dejando al otro amargado? ¿Qué nos costaría, la próxima vez, ceder un poco de nuestro derecho para que no se vaya asqueado?

Quien compra un esclavo compra un amo



PRESENTACIÓN

El esclavo hebreo es alguien que se vendió por falta de dinero, o que robó y no tiene con qué devolver. En lugar de la cárcel, la Torá lo integra en una familia. Pero rodea esta adquisición de tantas condiciones que nuestros sabios concluyen: quien se adquiere un esclavo se adquiere un amo.

LA PREGUNTA

¿Por qué colocar al ladrón en una familia en lugar de en la cárcel — y para qué sirve una ley que vuelve al esclavo tan costoso?

LA RESPUESTA

«Quien adquiere un esclavo hebreo es como si adquiriera un amo para sí mismo» (Kidushín 20a).

En la cárcel, dice el Rav, por un pequeño delito, saldría de allí convertido en un verdadero bandido. Más vale integrarlo en una familia, que vea cómo se practica una vida. Y vean las condiciones: no se le da un trabajo indeterminado, ni trabajos inútiles, ni trabajos que lo rebajen. No se le alimenta de otro modo, nada de sobras: si el amo bebe vino, comparte su vino; si tiene una cama cómoda, le da una cama semejante.

De modo que nadie iba a buscar un esclavo hebreo por interés. Solo había voluntarios en el seno del pueblo, que se dedicaban a recuperar a aquellos a quienes la suerte había perjudicado o que no habían sabido dominar su deseo — debilidad que el hombre mostró desde su creación, cuando hizo del conocimiento un producto de consumo.

El objetivo no es solo indemnizar al robado ni asegurar el bienestar de quien no puede proveer a sus necesidades. Hay que llevarlo, al cabo de seis años como al cabo de los seis días de la creación, a salir con la voluntad de asumir su propia vida. Porque con D-os, en lo absoluto, la relación no es de amo a siervo, sino de padre a hijo.

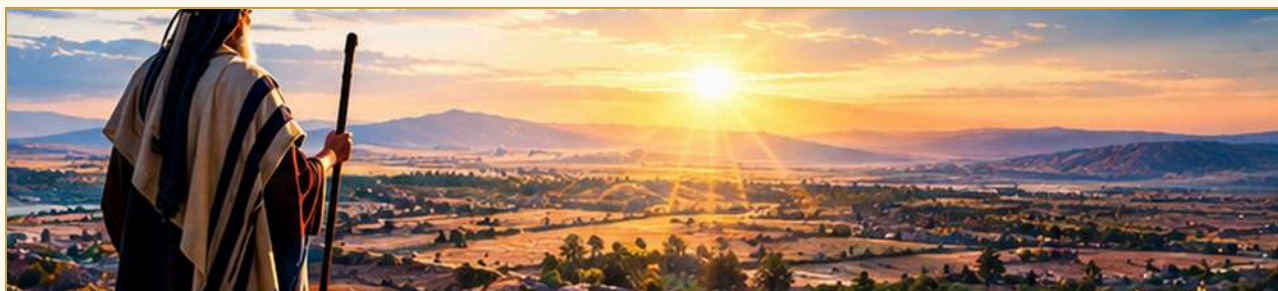
CONCLUSIÓN DEL RAV

Habría que enseñar a este hombre a saborear el gusto de la libertad.

LECCIÓN PARA LA MESA

Ayudar a alguien no es solo colmar su carencia. Cuando ayudamos a un allegado, ¿le transmitimos un saber hacer, un gusto por vivir, una autonomía? ¿Y quién, a nuestro alrededor, necesitaría una familia más que un reproche?

El nido no tiene techo



PRESENTACIÓN

La Torá tiene varias palabras para la libertad. Jerut, arrancada al grabado de las tablas. Jofshí, la del esclavo que sale. Y para el año quincuagésimo, el jubileo, cuando cada uno recupera sus tierras y sus bienes, una tercera palabra: dror.

LA PREGUNTA

¿Qué dice la libertad del jubileo que no dicen ni la libertad de las tablas ni la del esclavo liberado?

LA RESPUESTA

«Proclamaréis libertad (dror) en la tierra» (Vayikrá 25:10); «mirra pura (mor dror)» (Shemot 30:23); «la golondrina (dror) un nido para sí» (Tehilim 84:4).

El Rav encuentra tres sentidos en la palabra dror. Primero, puro de toda falsificación: para el incienso se tomaba el mor dror, la mirra no adulterada. Hay en dror una noción de pureza.

Después, la proclamación de la libertad, hecha en el jubileo con el shofar. Este shofar tiene sus orígenes primeros en el cuerno del carnero de Yitzjak, que se arrancó de la dependencia de la muerte, origen de todas las impurezas, de toda desesperación, de toda ruptura. Había que evacuar a toda costa esta noción de muerte en la perspectiva de la vida.

Por último, dror es un pájaro que solo aspira a un nido. ¿Cuál es la diferencia entre una casa y un nido? Una casa tiene techo; un nido no tiene techo. Ahora bien, el santuario no tenía techo, porque no debía haber tabique entre el mundo inferior y el mundo superior. Por eso las lluvias no apagaban el fuego del altar, y el viento no desplazaba la columna de humo que subía del incienso: ya no había dependencia respecto de las leyes de la naturaleza.

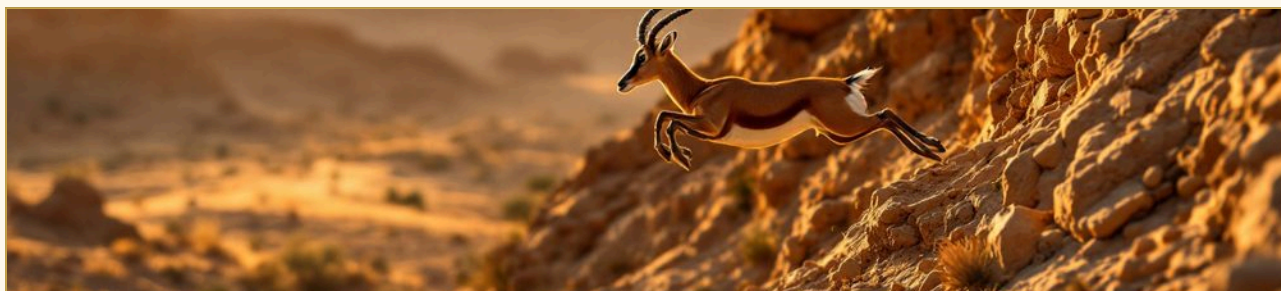
CONCLUSIÓN DEL RAV

Una casa tiene techo, un nido no tiene techo.

LECCIÓN PARA LA MESA

A menudo llamamos libertad al hecho de tener un techo bien nuestro, y nos encerramos en él. ¿Qué hemos puesto entre el cielo y nosotros creyendo protegernos? ¿Y es pura nuestra libertad, sin falsificación?

Cincuenta y tres leyes sin hilo aparente



PRESENTACIÓN

La parashá Mishpatim cuenta cincuenta y tres leyes: el esclavo, los golpes, los daños, el préstamo, el depósito, el extranjero, la viuda... Los exégetas buscaron la lógica interior que las une y las vincula unas con otras.

LA PREGUNTA

¿Por qué no encontramos el hilo que une estas leyes — y qué clase de pensamiento haría falta para captarlo?

LA RESPUESTA

Los exégetas: si pudiéramos entrar en la lógica de estas leyes, habríamos llegado muy lejos en la comprensión de la voluntad divina.

No lo encontraron, relata el Rav. Pero declararon que, si alguna vez pudiéramos entrar en la lógica de estas leyes, habríamos llegado muy lejos en la comprensión de la voluntad divina. Todavía estamos muy lejos, porque seguimos encerrados en un pensamiento limitado por nuestro conocimiento.

No se trata de inscribirse siempre en una lógica sin fin, que encierra al hombre en categorías de pensamiento. En un orden de pensamiento libre, hay que proceder por mutación. Ahora bien, no sabemos proceder por mutación, por salto.

Y estas mutaciones solo se hacen por el amor: un amor libre, un amor consentido. Eso es lo que une esta observación con el esclavo que dirá, al final del pasaje, que ama a su amo, a su mujer y a sus hijos. Un amor que retiene en lugar de liberar no produce ningún salto.

CONCLUSIÓN DEL RAV

No sabemos proceder por mutación, por salto.

LECCIÓN PARA LA MESA

Nos gusta ordenarlo todo en categorías, y nos conformamos con ello. ¿Hemos comprendido ya algo de golpe, por un salto, y no por un razonamiento? ¿Y qué, en nuestra familia, solo cambia por el amor?

«Amo a mi mujer y a mis hijos»



PRESENTACIÓN

Al cabo de seis años, el esclavo puede salir. Pero declara: amo a mi amo, a mi mujer y a mis hijos, no quiero ser liberado. La razón invocada es la más noble que existe, el amor. Y es precisamente esta frase la que la Torá sanciona.

LA PREGUNTA

¿Cómo puede un apego que lleva el nombre de amor ser lo que condena a un hombre a dejar de ser libre?

LA RESPUESTA

«Si el esclavo dice: amo a mi amo, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre» (Shemot 21:5).

Se trata, explica el Rav, de una mujer cananea y de hijos cananeos que el amo le dio para no dejarlo en un estado de frustración total. Es a la vez un castigo y un consuelo.

Pero era preciso a toda costa que no viniera a decir: amo a mi mujer y a mis hijos a riesgo de sacrificar mi libertad. Eso no puede concebirse, porque en ese momento el hombre se convierte en esclavo de su producto humano, de aquello que se ha acomodado.

Las mutaciones que el hombre necesita solo se hacen por el amor — pero un amor libre, un amor consentido. Quedar sujeto a ese amor a riesgo de sacrificar la propia libertad no es admisible. El amor que libera hace avanzar; el que encadena inmoviliza al hombre en lo que ya tiene.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Quedar sujeto a ese amor de la mujer a riesgo de sacrificar la propia libertad no es admisible.

LECCIÓN PARA LA MESA

A veces justificamos nuestras renunciaciones por el amor a los nuestros. ¿Hay algo que no nos atrevemos a emprender «por la familia», cuando nadie nos lo ha pedido? ¿Y nuestros apegos nos hacen crecer o nos retienen?

¿Por qué la oreja?



PRESENTACIÓN

Quien se niega a salir libre es llevado ante el tribunal, colocado contra una puerta, y su amo le perfora la oreja con un punzón. No la mano que trabajó, no el pie que se quedó: la oreja.

LA PREGUNTA

¿Por qué la marca de quien rechaza la libertad se pone en el órgano que solo escucha — y por qué contra una puerta?

LA RESPUESTA

«Su amo le perforará la oreja con un punzón» (Shemot 21:6); la oreja que oyó en el Sinaí: «Porque de Mí son siervos los hijos de Israel» (Vayikrá 25:55; Kidushín 22b).

Nuestros sabios responden, dice el Rav: la oreja que oyó en el Sinaí que los hijos de Israel son Mis siervos, y no siervos de otros, y que consiente en hacerse sierva de otro, que sea perforada. Y de la palabra ozen, la oreja, deriva moznaim, la balanza: asegurar un equilibrio. Quien sufre del oído tiene dificultad para caminar, ha perdido su centro de gravedad. Ahora bien, nuestra expresión de fe por excelencia está en la escucha, Shemá Israel: es por la escucha como se accede a la unidad de D-os y como se acepta el yugo celestial.

La oreja tiene una particularidad: recibe todas las informaciones, pero no puede emitir nada. El ojo, con un guiño, con una mirada, expresa algo; la oreja permanece impasible. Pero es ella la que lo registra todo, y por ella una voz interior percibe la presencia de D-os en el mundo. Este hombre se ha emparedado en su comprensión de las cosas, hasta el punto de no oír ya.

Renunció a la libertad adquirida por la sangre con que se habían untado las puertas de las casas en Egipto, esas puertas que fueron las puertas de la libertad. Por eso se presenta a la puerta.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Recibe todas las informaciones, pero no puede emitir.

LECCIÓN PARA LA MESA

Hablamos mucho y escuchamos poco. ¿Qué palabra oída antaño — de un padre, de un maestro — hemos dejado de escuchar? ¿Y somos capaces, esta noche, de escuchar a alguien hasta el final sin responder enseguida?

Cuatro caídas, y el Shabat para levantarse



PRESENTACIÓN

La marca de la oreja no es eterna: dura hasta el jubileo, dentro de veinte o treinta años según el año del ciclo. Y este largo capítulo de leyes civiles se cierra con dos prescripciones que no tienen nada de judicial: el Shabat y las tres fiestas.

LA PREGUNTA

¿Por qué un código de leyes civiles concluye con el Shabat y las fiestas — y qué diferencia hay entre un tiempo que se recibe y un tiempo que se da?

LA RESPUESTA

«Seis días harás tu obra y el séptimo día descansarás» (Shemot 23:12); «Tres veces al año Me celebrarás fiesta» (Shemot 23:14).

Todo procede del ciclo sabático, dice el Rav, todo se nutre del Shabat: cuando el Shabat de los años, siete veces siete, llega a su culminación, el esclavo es obligatoriamente liberado. Es la primera enseñanza que la Torá da en la educación de todo hombre que quisiera evitar las cuatro fuentes de caída: el diente, el deseo de comida; el deseo carnal; el fuego, el entusiasmo no controlado; y la fosa, los escollos de la vida, cuando el hombre cede a sus momentos de debilidad y cae sin controlar nada.

Por eso estas leyes, que dan una amplia lectura de los diez mandamientos, concluyen con la observancia del Shabat y de las fiestas. La verdadera manera de liberarse es renovarse cada semana con el Shabat, y tres veces al año en un tiempo que el hombre santifica él mismo.

Porque el Shabat le es ofrecido, mientras que las fiestas es él quien las ofrece, él quien marca su tiempo: la primavera, la siega, la cosecha. Es preciso que pueda hacerlas figurar en su trayectoria de vida.

CONCLUSIÓN DEL RAV

El Shabat le es ofrecido, mientras que las fiestas es él quien las ofrece.

LECCIÓN PARA LA MESA

¿Cuál de las cuatro caídas nos acecha más: la glotonería, el deseo, el arrebato o el desaliento? ¿Y qué hacemos con el Shabat que se nos ofrece: un simple descanso, o una verdadera renovación que cambia la semana?